



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Undécimo mandamiento

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 17-30 (28º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 14 de octubre de 2018)



“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”. Esta pregunta, que se le atribuye a un joven, se podría reformular con algunas de las nuevas expresiones que se manejan en la experiencia religiosa actual, tales como, ¿qué debo hacer para ser un auténtico discípulo de Jesús comprometido con los valores y la causa del

Evangelio? ¿qué debo hacer para que, desde mi compromiso evangélico, pueda ser un agente de transformación de la sociedad? ¿qué debo hacer para ser feliz y ayudar a otros a ser felices siguiendo el espíritu de las bienaventuranzas? ¿qué debo hacer para ayudar a construir un mundo nuevo a la manera de Jesús?

La respuesta de Jesús sería la misma: “Ya sabes los mandamientos...” No obstante, siguiendo las palabras del Maestro al *joven*, se podría agregar, a los 10 mandamientos del Antiguo Testamento que conocemos y podemos repetir de memoria con fluidez, un undécimo mandamiento: “Anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme”

La enseñanza de Jesús, a la que atrevidamente le he dado el nombre de undécimo mandamiento, tiene que ver con la preocupación por la justicia que debe acompañar a quienes han optado libremente por el proyecto del Evangelio. **La fe que profesamos tiene un correlato indisoluble en la justicia.** La fe sin obras queda desvalida y, en las actuales circunstancias del mundo, en las que la Iglesia no goza de las horas de gloria de antaño, queda desprovista de uno de sus mayores argumentos de credibilidad. Esta es la propuesta que, entiendo, le hace Jesús a su interlocutor: no basta con ser un buen cumplidor de los mandamientos para ser un auténtico discípulo, hace falta dar el paso al compromiso con la construcción de un nuevo mundo en el que la justicia social haga de todos los hombres y las mujeres que lo habitan, hermanos y hermanas dotadas de la más alta dignidad, la de ser hijos de Dios.

Este undécimo mandamiento tiene dos componentes...

La austeridad. En medio del mundo del derroche y del desperdicio, el proyecto de Jesús nos llama a construir la cultura de la austeridad de tal manera que los bienes de la

creación, que tienen un destino universal, no se queden en unos cuantos y sean repartidos con criterios de justicia y equidad. Para que esto se dé urge que quienes podemos consumir lo hagamos con menos apetito de modo que otros puedan disfrutar de los bienes necesarios para vivir con dignidad. La lógica del mercado, que se nos impone rabiosamente, nos seduce con sus estrategias publicitarias y nos hace clientes y consumidores de cientos de cosas superfluas. El consumo por el consumo está generando una economía depredadora e insostenible que hace que nos preguntemos por el mundo que le vamos a dejar a las generaciones futuras.

La confianza. Decía Jesús a los discípulos cuando vio partir a su interlocutor con el ceño fruncido: “¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero!”. La cultura de la austeridad, creo yo, es un camino cierto para no poner nuestra confianza en el dinero o en las cosas que pasan porque tienen su obsolescencia programada. La austeridad, la parquedad en los medios que empleamos para ser felices, nos ayuda a poner el objetivo en un lugar que es capaz de trascender el tiempo y la geografía: la vida con sentido. Al final de la vida, como se canta en los funerales, no nos examinarán por la riqueza que amasamos en nuestros negocios o por las propiedades que tengamos..., nos examinarán en el amor, en la capacidad que tuvimos de salir de nosotros mismos para darnos a los demás aportando un grano de arena a la vida de calidad para todas las personas con quienes compartimos este trozo de historia.

Estos dos elementos, la austeridad y poner nuestra confianza en los valores que trascienden la ley de la oferta y la demanda son dos constitutivos de la justicia que el Evangelio nos demanda.

La austeridad como un mero elemento de ascesis personal no es suficiente, ha de tener el rostro de los últimos como acicate y como criterio de autenticidad. No se trata entonces de ser simplemente austeros, se trata ser austeros para compartir, para ser solidarios con aquellos que “una economía que mata” ha dejado abandonados a la vera del camino.

Abandonar la confianza en el dinero para ponerla en Dios no es un acto puramente piadoso. Confiar en Dios es reconocer que nuestros soportes de seguridad no nos los ofrecen las cosas sino la vivencia de una comunidad universal de hermanos que lucha por hacer una sociedad igualitaria que no deja a ninguno de sus hijos fuera; una comunidad como la sueña Dios en el Evangelio. Ya le decía san Ignacio a Javier: ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo si se pierde a sí mismo?

Pidamos al Dios de la Justicia que nos ayude a vivir el undécimo mandamiento: Amarás al Señor tu Dios y a tus hermanos construyendo, desde la austeridad compartida, un mundo donde brille la justicia.